



fundación

Ramón y Katia Acín

## Lecturas de mar y montaña-1. Carlos Edmundo de Ory



Comenzamos esta corta serie veraniega de tres entregas con un poeta tan prolífico como singular. Con razón venía a decir Rafael de Cózar en su edición de *Metanoia*, antología que publicó Ediciones Cátedra en 1978, que la obra de Carlos Edmundo de Ory (Cádiz, 1923—Thézy-Glimont, Francia, 2010) «es para quienes se interesan por los calambres de la expresión poética».

Acertadísima definición sobre la magia poética de este cofundador del *postismo*, efímero movimiento que produjo una cierta conmoción en la España oficial recién instalada en la dictadura franquista y de cuyo adocenamiento en sus gustos culturales y sociales hizo regla insoslayable. Os ofrecemos una narración que apareció en su libro *Basuras*, publicado en 1975 por *Ediciones Júcar*, y unos pocos poemas entre ellos un soneto, composición en la que Ory fue un indiscutible maestro. También intercalamos esa muestra del carácter del poeta en forma de anuncio de un curso de mitologías orientales en la Universidad de X.

## El predicador

Carlos Edmundo de Ory. *Basuras*. (1955-1964) Ed. Júcar. Colecc Azanca, 10. Madrid 1ª edición 1975. (Pgs 157-164)



Der Prediger Alfred Kubin 1918E

Un cierto predicador de una de las tantas religiones menores que pueblan la tierra, no incluida en las estadísticas, pero cuyo número de adeptos había crecido últimamente en medida considerable (hasta promover la alarma en los partidarios de otras sectas), se puso un buen día a predicar a voz en cuello ante un grupo, harto nutrido, de celosos neófitos, quienes, pendientes de los proféticos labios, sintiéndose gradualmente iluminados, finalizaron por caer en éxtasis.

Esto ocurría una mañana de domingo en un amplio local cerrado al que sólo tenían acceso los miembros de la fe, de la cual era el que hablaba dignísimo custodio, a justo título, tanto por ser jefe máximo en la actualidad como animador candente de su propagación.

Los creyentes allí congregados, una vez que el oficio solemne fijara una tregua a la ceremonia que solíase celebrar cada domingo a la misma hora, sentáronse como de costumbre en sus respectivos bancos a fin de, en actitud reposada, mantener firme la atención en las palabras que les dirigía.

Apenas había levantado los brazos el fogoso predicador y lanzara las llamas de las primeras frases –fuego en la voz-, he aquí que, soliviantados sin duda por un sentimiento unánime de fervor, como bajo la fuerza de un arranque imprevisto, cayeron nuevamente de hinojos y así permanecieron inmóviles, las cabezas inclinadas y ambas manos ocultando el rostro, mientras el místico apóstol proseguía su sublime sermón con el mismo ritmo de catarata desenfrenada con que lo había iniciado.

Ebrio de cólera celeste, pleno de irresistible autoridad, mostrando sin cesar la lava de su espíritu, con lenguaje tajante y sin embargo parabólico, les estaba diciendo estas cosas:

“Os exhorto, hermanos míos, a comulgar con la acción redentora de los sacrificios personales. Os exhorto a exponeros a la pira del sacrificio expiatorio. Pero escuchadme bien: nuestra fe pide un sacrificio sin tragedia; un sacrificio sin preámbulos, rituales, sencillo y silencioso. Que sea público, si se quiere, pero sin cálculos, sin miras a la santidad, sin *mea culpa*, sin pompa ni vanidades.”

Hizo una pausa para tragar saliva y apenas el silencio se tragaba los ecos de su última frase, mientras los fieles alzaban los ojos beatamente hacia el público, su voz volvió a resonar con vibración tan potente que todas las cabezas se inclinaron a un mismo tiempo, los párpados bajos, y de nuevo la voz del predicador se tragaba el silencio. Prosiguió diciendo:

“Una vez más os digo: ¡Pronto! ¡Pronto! ¡Pronto! Hundíos en las verdaderas ciénagas y pacificaos allí, envueltos en la sofocación del limo! Lo que nos hace falta es un sacrificio humilde. Un sacrificio que no deje huella ni deje nombre. ¡Algo que no se parezca en nada a lo que hizo Cristo! Que sea un sacrificio





Preacher- Bob Kleinschmidt-1990

subterráneo, por decirlo con una imagen clara y precisa. Un sacrificio que mire hacia abajo. La cruz es un sacrificio cara a los aires; un sacrificio elevado en toda la extensión de la palabra. Era un sacrificio vertical, digno del Hijo del Hombre. ¿No fue un espejo de sacrificios en el que el hombre se miró y no quiso reconocerse? Ahora bien. No os pido que os miréis en ese espejo empañado por el vaho que arroja la peste del pecado. Hace falta en estos momentos de humanidad degenerada un sacrificio de bajos fondos, porque no somos dignos de la lección de Cristo. Cristo era el techo de la humanidad y nosotros somos eso: los bajos fondos. Que nuestro sacrificio sea digno de nosotros... ¡Pronto! ¡Pronto! ¡Pronto! ¡Buscad las simas...!”

Decía estas cosas levantando los brazos. Los brazos que nadie podía ver, curvados como estaban y paralizados por el recogimiento religioso. Esta vez, los fieles sabían que el predicador había dado fin a su sermón dominical, pero no se movieron, tan conmovidos estaban de lo que acababan de oír. ¿Lo comprendían? Más que comprenderlo. Un silencio sobrecogedor pesaba ahora sobre las meditaciones de los fieles. Cada cuerpo interrogaba a su alma acerca del recto sentido de la parábola de los bajos fondos. ¡Inesperado sermón!

En medio de la capilla, entre todos esos cuerpos inclinados, uno se eleva de súbito: un hombre, y por un corto tiempo permanece de pie, extraordinariamente erguido, poderoso y duro; pesado, como si estuviera clavado en el suelo. Todo el mundo lo mira, habiendo levantado las cabezas simultáneamente como si hubieran sido mecánicas y un resorte las pusiera en movimiento al unísono.

El hombre enhiesto sale de la hilera. Avanza hacia la puerta. Como guiado por un impulso imperioso sale del recinto, dejando las puertas entreabiertas. El predicador suspende su propia meditación, oculta a las miradas, se levanta de su asiento y contempla la retirada solitaria de un miembro de la congregación. Al fin, desciende del púlpito. Pero nadie hace caso ya de él. Han visto al hombre, con paso lento, dirigirse a la puerta. Lo han visto desaparecer. Toda la congregación se estremece. Lo vieron erguirse y quedarse de pie sin movimiento. Todos se habían puesto de pie cuando el hombre abría la puerta para salir. Sin moverse de su sitio miran hacia fuera; el hombre, con andar pausado, se aleja. ¿Lo ven o ya no lo ven? Se dirige hacia el campo.

Entonces, sin previo aviso, los fieles abandonan las filas de bancos y se marchan a la zaga del hombre. Allá va. Silenciosamente marchan detrás de él. El predicador también. Donde va el hombre, ellos van a pocos pasos de distancia. Cuando el hombre se detiene, ellos se detienen. Haga que haga el hombre, ellos lo hacen. También el predicador.

Van a campo traviesa. Todos marchan ya con picos y palas, porque el hombre ha cogido pico y pala. La marcha continúa, silenciosa, extática. El hombre camina; eso es todo. Le siguen mujeres y hombres y también el predicador.

Llegando finalmente a una planicie, en plena extensión, el hombre cesa de caminar. Tras él, el cortejo interrumpe el paso. Sobre sus cabezas, el espacio inmenso. Bajo sus pies, la tierra llana y seca. El cielo está cubierto de nubes, y el sol invisible. Es mediodía.





El hombre, sin decir nada, comienza a cavar con sus instrumentos. Los demás cavan con él, con los suyos, en el mismo trozo de tierra. El predicador hace lo mismo. Por un breve tiempo, picos y palas funcionan supeditados al continuo vaivén de brazos. Cuando el agujero es bastante profundo y ancho, el hombre abandona sus utensilios y mira al cielo. En ese instante todo el mundo hace como él, deposita en tierra los instrumentos y miran al cielo. Pero le hombre ya se ha tendido dentro del agujero, más largo que ancho, hecho a la medida de su cuerpo: sobre la tierra escarbada, entre su pico y su pala, horizontal, rígido, ha cerrado los ojos. No dice nada y espera. Toda la gente rodea



Adrian Jans van Ostade 1660

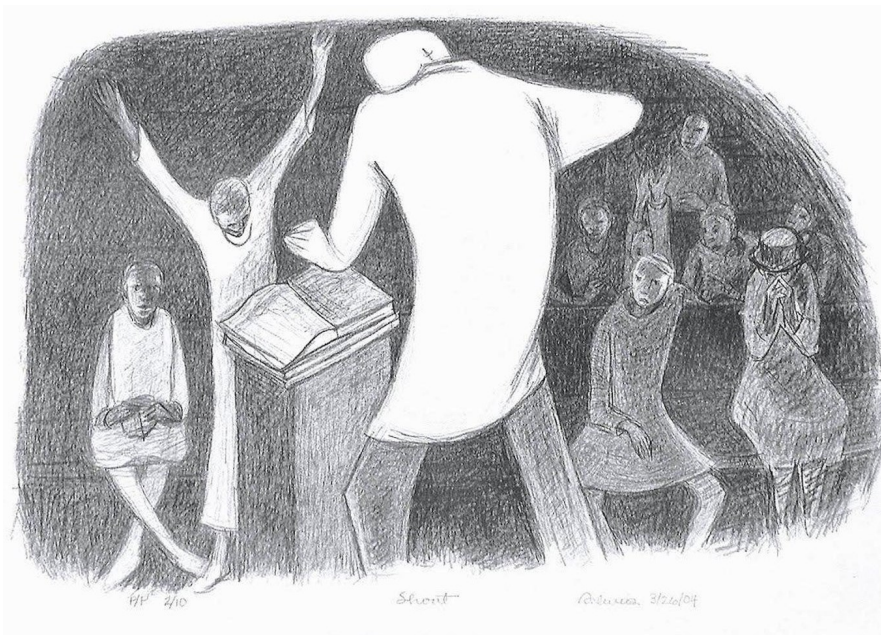
el hoyo y empuñan solamente las palas. Uno sólo de los presentes llora, sin ser visto, alejado del grupo. Es el predicador.

Todos los ojos miran al hombre, allí abajo, que parece dormir. Una mujer hunde la pala en el montón de tierra y arroja la primera palada sobre la cara del hombre. Inmediatamente, el resto de los testigos imita su acción. En un corto tiempo vierten la tierra extraída sobre el hombre horizontal, inmóvil y viviente, apelado por el sacrificio de los bajos fondos. Ya no vive, y marchan encima para aplastar la tierra y dejarla otra vez llana.

Las nubes se despejan ahora y el sol baña la llanura de luz.

Más allá, otro agujero se practica en tierra. La misma mujer de antes es enterrada viva. Se alejan de allí y cavan en otro sitio. Otro fiel descansa. Más allá otro agujero, y otro, y otro, y otro más allá. Y cada vez quedan menos fieles. El sol declina, apareciendo y desapareciendo entre espesos nubarrones. Antes de la hora del crepúsculo un grupito de fieles cubre un agujero con la tierra extraída de él. El cielo es de color gris plomo y el horizonte violeta lanza resplandores rojo sangre.

El sol declina. Dos hombres marchan llevando en las manos picos y palas. Se detienen, hunden los picos, remueven la tierra, luego trabajan con las palas. Han abierto, con dificultad, un hoyo como los anteriores y están cansados. Miran ponerse el sol en el horizonte, donde no hay más que leves cintas de nubes. Empieza a llover cuando el hombre que queda termina de tapar el hoyo. Se aleja de allí, con paso lento. Bajo las sombras del anochecer, camina de vuelta, llevando sobre los hombros un pico y una pala. Es el predicador. □



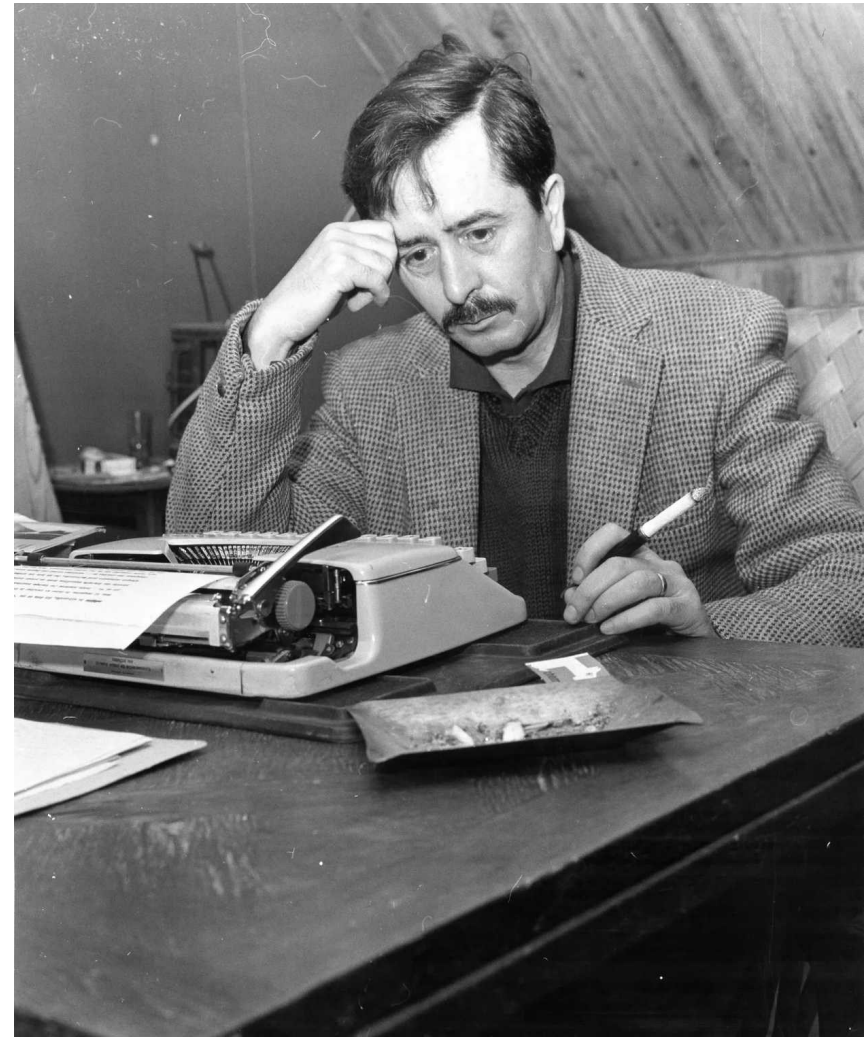
The Preacher Lewis\_Samella\_Shout\_2004



## Ory autoelegía (1960)

En *Metanoia*. Ed. Cátedra, 1978. Pg. 225

Mi forma, mi carácter mi deseo,  
pensando que la noche azul se ponga  
no sueño nada en detrimento mío,  
la corona que tengo en la cabeza  
la soporto con gran resignación,  
soy un rey desterrado en un retrete,  
no tengo pantalones y me escondo  
debajo de mi cama muerto de hambre,  
me alimento de muchas musarañas,  
la casa apuntalada de mis versos  
es todo mi dominio personal,  
y se orina mi alma por mis ojos,  
si medito me duermo en un rincón  
y el sueño que podía serme útil  
se mete en una pierna y no sé en cuál,  
mi candor, mi paciencia, mi descuido,  
busco trabajo y pierdo mi salud  
rezando mientras subo la escalera.

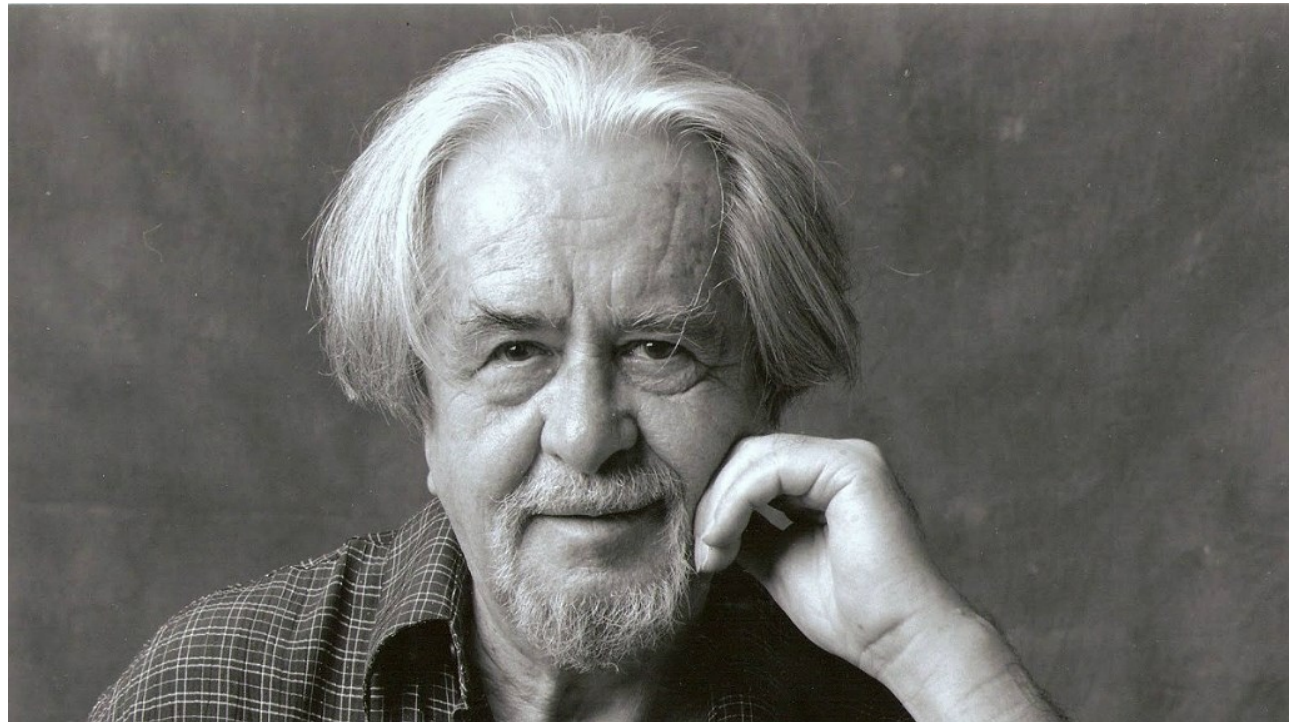




# Fonemoramas

Carlos Edmundo de Ory. 1963. *Metanoia*. Ed Cátedra. Madrid 1978. Pg 231

Si canto soy un cantueso  
Si leo soy un león  
Si emano soy una mano  
Si amo soy un amasijo  
Si lucho soy un serrucho  
Si como soy como soy  
Si río soy un río de risa  
Si duermo enfermo de dormir  
Si fumo me fumo hasta el humo  
Si hablo me escucha el diablo  
Si miento invento una verdad  
Si me hundo me Carlos Edmundo



## Voz de luz (1983)

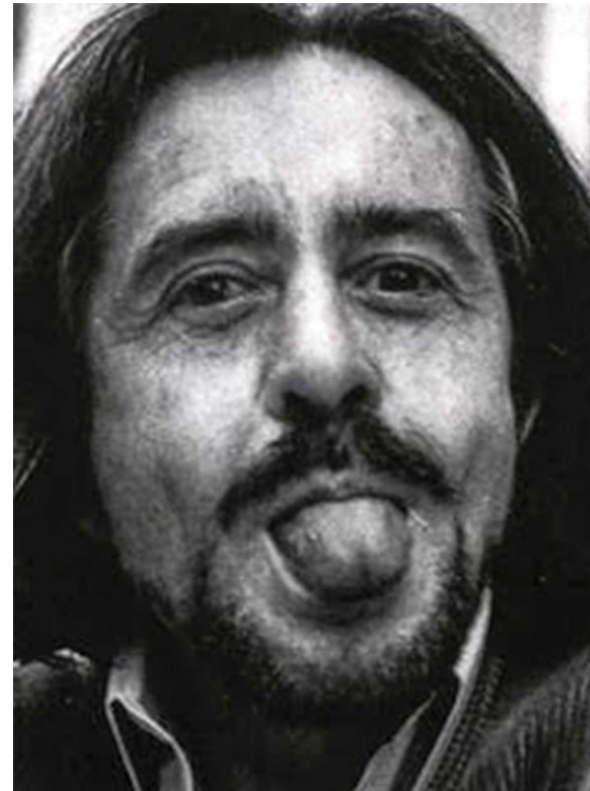
En *Música de lobo* Antología. Círculo de Lectores 2003, pg. 249

Yo no asumo el soneto siendo mono  
de un Petrarca imitado por doquier  
hasta que Garcilaso lo hizo ver  
vuelto de Italia en castellano tono

Yo soy textura pura puro ozono  
tejido de aire y arabesco y ser  
La poesía es un arte de poder  
no es abanico espejo ni kimono

Un poema ocurre en magia de escritura  
bajo la acción creadora de criatura  
cuya alma habla silencios de cristal

Mi voz de luz misterio que me asombra  
se cuaja como nata de la sombra  
y es la palabra nardo musical



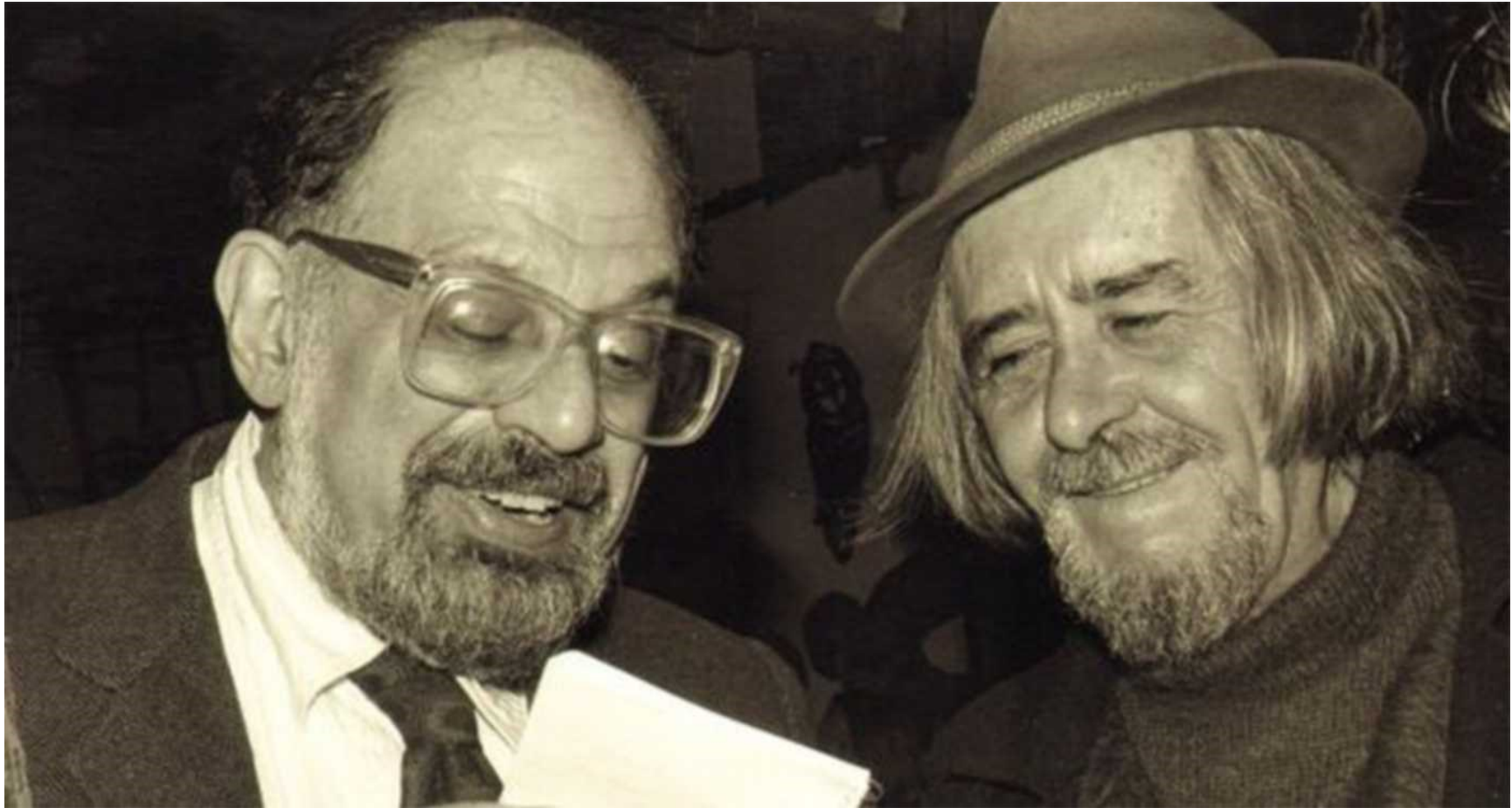
LECCIÓN DE APERTURA A LOS CURSOS DE  
MITOLOGÍAS ORIENTALES EN LA FACULTAD  
DE LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE X \*

Señor Rector  
Señor Decano de la Facultad de Letras  
Señores Cónsules generales  
Señores Profesores  
Señoras Señoritas Señores  
Niños  
criadas de servir  
trabajadores obreros  
gatos y perros  
hormigas

(Amiens, 12 diciembre 1973)







Ory con Allen Ginsber, Nueva York 1987



## Visitanoche a Allen Ginsberg (1987)

*Música de lobo.* Círculo de Lectores, 2003, pgs. 258-259

Brincas y brincas me punzas me loqueas  
Me atas la frente al espíritu  
Me organizas hasta la aurora boreal  
Pónesme en mi cuello el arco iris  
Ten cuidado no te cojas los dedos  
en la cerradura de la Poesía  
¡Ay la poesía es archidifícil!  
Íbamos por las calles tal cigüeñas  
Vestidos de cocido y yo te dije:  
«Negréame un poema»  
Llevábamos tres flores en la noche  
tres crudos corazones escarlata  
parecían lechugas muertas de vergüenza  
Ricorda esos tus gritos en la calle  
ALLENNNNN ALLENNNNN ALLENNNNN  
engarzados en la lámpara del oxígeno  
Te equivocas de casa de poeta  
Te llevas el teléfono a la boca  
hasta que un rayo de luz en el ombligo  
nos enciende camino de los campos  
Mentí cuando decía:  
    «Acaso hay poetas?  
    No no los hay  
    Como busco mujeres los busco»

Estaba chez lui nos echó un calcetín  
Nos echó un calcetín marrón por la ventana  
Nos recibió muy quieto en su cocina  
Nos enseñó las aguas y los vientos  
Allí los tres a bordo de su hogar  
y sacaste tú fotografías  
A Allen Ginsberg mi amigo  
así le dedico mi libro azul  
él me hizo un poema días antes  
y hoy me regala songs.

### **Sin permiso de ser Angel: Los encuentros neoyorquinos entre Allen Ginsberg y Carlos Edmundo de Ory**

En 1987 los poetas Carlos Edmundo de Ory y Allen Ginsberg se conocen en un recital organizado por el centro cultural Gas Station y la Universidad de Columbia. El pintor argentino Osvaldo Gomariz presenta a ambos poetas, entre los que surge una afinidad inmediata. De esta amistad nace el libro de Ory *Sin permiso de ser ángel*, en cuya traducción al inglés colaborara Ginsberg. Más tarde, Ory traduce al español algunos poemas de Ginsberg en la *Revista Atlántica*. A través de la bibliografía existente, los testimonios sonoros de los testigos de los encuentros y los fondos conservados en la Fundación Carlos Edmundo de Ory, situada en Cádiz (España), contaremos al público este vínculo poco conocido entre la Beat Generation y la poesía española

Nota publicada como anuncio de una mesa redonda en la web del Instituto Cervantes, de Nueva York, dentro de *Vivir para escribir*, 2019

